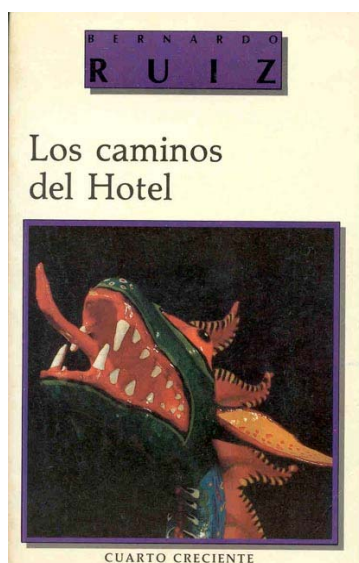


Los caminos del Hotel

RAFAEL PÉREZ GAY

COMO A VARIOS ESCRITORES de mi generación, a Bernardo Ruiz lo seducen Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares y el whisky con soda. Me consta que ha ingerido cantidades suficientes de estas tres formas literarias sin las cuales la vida sería otra cosa. Por supuesto inferior a la que conocemos. Lo he visto, también, ejercer su conocimiento de esta tercia de ases como si fuera la última noche que podría hablarse de Borges, de Bioy y como si esa noche se sirviera el último trago de whisky que quedara en el mundo.

Este asunto tiene que ver con una historia pasada que conduce a su más reciente novela *Los caminos del Hotel*. En las primeras historias que Bernardo Ruiz compuso buscaba una naturalidad narrativa que era de Borges y no de él. Ésta es la primera razón por la cual me entusiasma su novela, porque descubre a un narrador cuya naturalidad está en sus propias



historias, un narrador que ha descubierto que la complejidad literaria está en la naturalidad narrativa. Pero naturalidad no quiere decir, por supuesto, facilismo ni, mucho menos, simplicidad. Se trata de una construcción complejísima, elaborada, que cuando está lista trasmite al lector la certidumbre de que esa construcción siempre ha estado ahí para habitarse. Este secreto de la literatura es uno de los logros de esta novela de caminos múltiples y construcciones compactas.

La naturalidad de la que hablo pasa por varias zonas novelísticas: para empezar es un

billungsroman, es decir una novela de crecimiento: pero también es una novela del padre, una novela de amor y una novela de la ciudad. Es todo esto, pero sobre todo, una historia por donde el lector puede transitar libremente encontrando su propio tejido, su fibra última. Patricio Robles cuenta la búsqueda de una forma de vida y el encuentro de una decisión: permanecer en la escritura. Entre una y otra transcurren la vida de una familia, la amistad, el amor y el peso del padre.

Como varios escritores de mi generación, Bernardo Ruiz es un apasionado de la cibernética. Es un hombre perfectamente capaz de explicar los misterios del disco duro –y no es albur– de los programas, del universo virtual a donde van a parar las historias que tejemos con tantos trabajos. En alguna ocasión nuestra plática derivó, por supuesto, hacia las computadoras. Yo trataba de explicarle con increíble angustia y confusión algunas de las infidelidades de mi Toshiba laptop. Bernardo se me quedó viendo y me dijo esta verdad aterradora:

–Estás trabajando en la raíz de tu disco duro.

Recuerdo que le contesté:

–¿Y eso es malo?

Yo jamás pensé que trabajar en la raíz de algo pudiera traer consecuencias fatales, Bernardo Ruiz me dijo este aforismo cibernético:

–Malísimo. Estás al borde de una catástrofe.

Acto seguido sacó su pluma y trazó una serie de esquemas, avenidas donde lo real y lo virtual fueron las palabras más suaves; al grado de que terminé sin saber si lo que uno escribe es real, virtual o simplemente nada. Como sea, para mí fue el mapa de mi desgracia cibernética. Cuando nos despedimos, sentenció:

–Estás a punto de perderlo todo.

Me quedé paralizado, de pie, afuera del restorán en el que comimos, pensando que Bernardo Ruiz me predecía algo horrible; pero que, a fin de cuentas, había hecho una metáfora correcta porque, como se sabe, siempre estamos a punto de perderlo todo, incluyendo la explosión de un disco duro y su contenido.

Cuento esto porque en *Los caminos del Hotel* está siempre presente esta pasión por la escritura oculta –como en las computadoras–, la seducción de un orden que no se ve en apariencia pero que rige la esencia de la literatura. Esta es la segunda razón por la que me entusiasma la novela. *Los caminos del Hotel* está dividida en seis partes, o caminos. La primera, según mi lectura, es la del origen, la educación sentimental que incluye el primer amor, los amigos, la escuela la decisión temprana de Patricio Robles de volverse historiador. A esta parte la vigila una construcción y un lugar: el Hotel del padre y una geografía, Campeche y Mérida.

La segunda parte de la novela está dominada por otras dos construcciones: El túnel y el Castillo. Las construcciones del padre son paralelas a la vida que construye el hijo. La tercera parte es una larga, a veces desconsoladora certidumbre borgiana de que conocer a una mujer es empezar a perderla. Otra construcción rige la cuarta parte, esta vez, literaria, el laberinto. La certidumbre de Patricio Robles de que el único modo de permanecer es la escritura. Escribir es, de algún modo, derrotar al olvido. Este es, además, el último camino de la novela que avanza hacia la quinta y la sexta partes, "La teogonía" y "El color de las tinieblas".

(Quisiera comentar de paso que las construcciones de la novela de Bernardo Ruiz aceptan una segunda lectura. Pienso en la idea del Hotel como una derivación de los destinos cruzados de Ítalo Calvino, de las vidas que transcurren en el Hotel, al grado que su construcción es también el de las vidas que lo han habitado).

En este sentido, la cuidadosa estructura novelística de *Los caminos del Hotel*, debió apoyarse en un más profundo trabajo de personajes; pero Bernardo Ruiz no se propuso una novela de personajes, sino de trama y estructura, y esa zona está trazada con habilidad y precisión.

Dice José Emilio Pacheco que en estos tiempos todo mundo quiere escribir, pero nadie quiere leer. Es esta sensata e inteligente propuesta está contenida la tercera razón por la que me entusiasma *Los caminos del Hotel*. Se trata de una novela de un narrador que sabe que no se puede ser buen escritor si antes no se es un buen lector. En *Los caminos del Hotel* no sólo está la pasión por Borges y Bioy, hay homenajes internos a T.S. Eliot, a Paz, a la poesía de los contemporáneos, a la lectura de los clásicos, al mito de la Xtabay del sureste mexicano... Pero

algo más, Ruiz transmite sus amores literarios sin cargarle al lector ninguna superioridad, sin estorbar su propia historia y sin volver la pasión por los modelos que uno ama en una deuda o una sombra insuperable.

Como varios escritores de mi generación, Bernardo Ruiz es, también, un editor. Es decir, se ha dedicado a la factura de revistas, se ha encargado de hacer posibles libros y publicaciones para los lectores. Ésta es la cuarta razón por la que me entusiasma *Los caminos del Hotel*. Hay en la novela la mano de un buen editor que sabe que las construcciones literarias aceptan, como quiere E.M. Forster, el corte y el agregado, la tijera y el pegamento que ahora son el misterioso disco duro y el programa. Esa edición interna, por llamar así a uno de los trabajos más difíciles del escritor es en *Los caminos del Hotel* no el menor de sus aciertos.

Recapitulo y veo que he propuesto esta noche, acaso con demasiada rapidez, a un escritor que ama a Borges, a Bioy y al whisky; a un escritor que habla de computadoras como si hablara de hermosísimas mujeres o poesía magnífica. He propuesto a un escritor que estructura sus historias con destreza arquitectónica; a un escritor que es un lector empedernido y que, además, es un editor muy jugado. En esta provincia están mis entusiasmos por *Los caminos del Hotel*. Pero descubro que a este apresurado perfil le faltan dos toques, por decir así. Uno de estos, lo deploro, el otro lo comparto. Como a casi ningún escritor de mi generación, ya entrada la noche, Bernardo Ruiz toma estrega, un líquido ambarino más dulce que un poema de Manuel Acuña y más venenoso que un artículo de Blanco Moheno; Bebe este veneno con gran entusiasmo, como si tomara la mejor malta escocesa. Diré ahora el rasgo que comparto. Me refiero a su admiración por Gloria Trevi, o más precisamente, al calendario de Gloria Trevi. Acepto que hemos ejercido esta admiración, como quiso Borges, hasta el plagio de las canciones de la Trevi. Estos dos rasgos acaso completen este perfil literario y confirmen mis entusiasmos por *Los caminos del Hotel*.

Mientras redactaba estas notas, pensé en lo que ocurriría si al abrir mi programa –un modesto word star– en mi Toshiba, no entrara yo al archivo Ruiz, para corregir e imprimir este texto, sino que por un azar incomprensible y cibernético, me esperara una parábola calviniana y al abrir yo mi documento entrara yo a la sala donde un lector anónimo lee *Los caminos del*

Hotel. Si así fuera, entonces estas notas se perderían –lo cual sería una dura derrota cibernética– y quedaría la lectura de *Los caminos del Hotel* –lo cual sería, como es, una victoria de la literatura fina y natural.

Texto leído en la presentación de *Los caminos del Hotel*

Casa de la cultura Jesús Reyes Heróles, Coyoacán.

México, D.F., mayo, 1992

1

¹ © Todos los derechos reservados, Rafael Pérez Gay, México, 1992
Reproducido con permiso del autor.